

Pensamiento de Tercer Orden en Terapia Familiar: Integrar la Justicia Social al Trabajo Terapéutico

TERESA MCDOWELL*
CARMEN KNUDSON-MARTIN*
J. MARIA BERMUDEZ†

Afirmamos que el campo de la terapia familiar está dando un giro notable del pensamiento de segundo orden al pensamiento de tercer orden. Ofrecemos fundamentos teóricos y ejemplos que demuestran que el pensamiento de tercer orden aporta un marco conceptual para integrar una mayor sensibilidad sociocultural a la práctica de la terapia familiar. Argumentamos sobre la importancia del pensamiento de tercer orden para poder invitar a las familias a hacer un cambio de tercer orden. Finalmente, presentamos el ejemplo de un caso, con el fin de ilustrar orientaciones técnicas específicas para una práctica terapéutica de tercer orden.

Keywords: Tercer Orden; Pensamiento; Cambio; Terapia Familiar

Fam Proc 0:1–16, 2019

EL PENSAMIENTO DE TERCER ORDEN EN TERAPIA FAMILIAR

La terapia familiar instauró una nueva forma de pensar que entendía los problemas clínicos como parte de una totalidad mayor y fundamentaba prácticas que buscaban el cambio sistémico. Aunque muchos terapeutas familiares, académicos y académicas todavía se consideran a sí mismos/as pensadores/as sistémicos/as, el enfoque de sistemas generales de primer orden era limitado y tuvo una vida relativamente breve, fundamentalmente porque la metáfora de que las familias serían similares a sistemas mecánicos o biológicos autorregulados era reduccionista. Las académicas feministas desafiaron el pensamiento de primer orden con respecto a la familia, señalando la forma en que las inequidades de los sistemas sociales impactan los roles y las dinámicas de poder en la familia (Hair, Fine, & Ryan, 1996; Hare-Mustin, 1978). Más adelante, Hoffman (1981, 1985) y otros autores/as (por ej., Anderson & Goolishian, 1992; Keeney, 1983) plantearon que se requería un pensamiento sistémico de segundo orden, un cambio que incluía reconocer la influencia de nuestro propio contexto y nuestro punto de vista sobre la manera en que “conocemos” a las familias con las que trabajamos. El pensamiento de segundo orden permitió reconocer el impacto del rol del terapeuta en el sistema terapéutico y entender que la terapia familiar misma es un proceso situado de múltiples voces y potencialmente controvertido. Las y los constructivistas sociales abrieron paso a un nuevo giro al desafiar nuestros fundamentos iniciales —que descansaban únicamente en la teoría de sistemas para comprender a las familias (Dickerson, 2014)— y expandieron el foco para incorporar el contexto social.

*Lewis & Clark Graduate School of Education and Counseling, Portland, OR.

†University of Georgia, Athens, GA.

La correspondencia en relación a este artículo debe dirigirse a Teresa McDowell, Lewis & Clark Graduate School of Education and Counseling, 0615 S.W. Palatine Hill Road, Portland, OR 97219. E-mail: teresamc@lclark.edu

Sostenemos que las comprensiones críticas y socio-constructivistas del poder y el contexto social están llevando a otro giro importante que podría incidir en la práctica de los distintos modelos de terapia familiar. Lo que llamamos pensamiento de tercer orden se basa en algo conocido: la idea de Bateson (1972) del aprendizaje de tercer orden, que permite visibilizar los sistemas de sistemas. Con sistemas de sistemas nos referimos a la compleja interacción al interior de los sistemas sociales y entre ellos (por ej., económico, político, social). El pensamiento de tercer orden requiere que las y los terapeutas amplíen la metaperspectiva de su participación con las familias para incluir deliberadamente el impacto de los sistemas sociales y las dinámicas de poder, como también la construcción colectiva de los significados y la cultura. Esto nos permite conceptualizar conjuntos de alternativas dentro de sistemas interconectados y responder en forma efectiva, y nos ofrece un marco conceptual que nos orienta acerca de cómo integrar una mayor conciencia sociocultural en nuestras prácticas (McDowell, Knudson-Martin, & Bermúdez, 2018).

Muchos/as de quienes trabajamos en este campo, incluidas nosotras, nos hemos esforzado por integrar a nivel teórico y práctico nuestra creciente conciencia de la forma en que los procesos de poder institucional, sociocontextual y social influyen en el trabajo clínico (por ej., D'Arrigo-Patrick, Hoff, Knudson-Martin, & Tuttle, 2017; Falicov, 1995, 2014; Garcia & McDowell, 2010; McGoldrick & Hardy, 2008). Algunos enfoques incorporan deliberadamente la relación entre los discursos sociales y las narrativas familiares, las dinámicas de poder en la pareja y las dinámicas sociales de poder, y/o el efecto de los sistemas sociales de poder y privilegio sobre las familias (por ej., el Modelo del Contexto Cultural (*Cultural Context Model*) de Almeida, Dolan-Del Vecchio, & Parker, 2008; la Terapia Familiar Narrativa de White & Epstein, 1990; la Terapia Relacional Socio-Emocional (*Socio-Emotional Relational Therapy*) de Knudson-Martin & Huenergardt, 2010; y la Terapia Justa (*Just Therapy*) de Waldegrave & Tamasese, 1994). Sin embargo, para lograrlo, muchos/as terapeutas familiares se basan en marcos epistemológicos discrepantes, incluso en una misma jornada de trabajo (Hoff & Distelberg, 2017). Puede ser difícil —aun usando marcos conceptuales que toman en cuenta el impacto de los sistemas sociales a nivel teórico— aplicar estas comprensiones a las dinámicas relacionales y las realidades materiales de las vidas de las y los clientes (McDowell, 2015).

En este trabajo invitamos a las y los terapeutas familiares a recuperar lo que siempre hemos sabido acerca de la importancia del contexto social, y hacerlo de diversas maneras que nos ayuden a progresar. Proponemos hacer un cambio deliberado en nuestra disciplina hacia un pensamiento de tercer orden que reconoce la importancia del poder (Knudson-Martin, 2013;¹), toma en cuenta las realidades materiales asociadas a los sistemas sociales y apoya la equidad social y relacional en todos los modelos de terapia familiar (McDowell et al., 2018). En el texto que sigue intentamos honrar los conceptos sistémicos perdurables sin permitir que la metáfora de los sistemas limite o regule nuestra comprensión de la construcción social o la naturaleza de la verdad. Pasamos de una concepción de los sistemas como algo “real” a una idea más amplia de los sistemas como una metáfora —entre otras— para describir los procesos relacionales. Del mismo modo que usamos metáforas como narrativas, estructura familiar, patrones y apego para organizar nuestra comprensión de las familias y nuestra capacidad de desenvolvernos dentro de los marcos teóricos de dicha comprensión, también usamos metáforas como sistemas sociales, cultura y poder para entender y desenvolvernos dentro de contextos sociales complejos.

Planteamos que las y los terapeutas familiares somos capaces de integrar el cambio de tercer orden y adoptar plenamente la perspectiva de que los procesos terapéuticos están insertos en dinámicas sociales y de poder. Proponemos que, si bien los cambios de primer y

¹Esta publicación está disponible en la sección de artículos en español del sitio web de Family Process. (NdT)

segundo orden siguen siendo importantes en la práctica de la terapia familiar, como disciplina estamos evolucionando para incluir con más frecuencia el potencial de cambio de tercer orden (McDowell, 2015; McDowell et al., 2018). En otro trabajo (McDowell et al., 2018) hemos explicado que es posible conceptualizar el contexto social y el poder de maneras efectivas y congruentes con diversos modelos de terapia familiar, incluyendo cómo ayudar a las familias a lidiar con las fuerzas sociales y ampliar sus alternativas en cuanto a formas de ser y estar en las relaciones. En este artículo abordamos específicamente el concepto de pensamiento de tercer orden como prerrequisito para invitar a las familias a un cambio transformativo de tercer orden.

UNA CONCEPTUALIZACION POSTMODERNA CRITICA DEL PODER

Definimos el poder como procesos sociales que definen los intereses colectivos e individuales (McDowell et al., 2018). Pensamos que estos procesos tienen un papel central en la determinación del bienestar individual, relacional y comunitario, y debieran ser tomados en cuenta por los modelos de terapia familiar. Esto no es nuevo. Inicialmente, las y los terapeutas familiares tendían a ver las dinámicas de poder como algo que contribuía a la formación y persistencia de los síntomas. Esto incluía las categorías de parejas simétricas o complementarias de Jackson y Jackson (1968), los conceptos de Minuchin (1974) sobre dinámicas de poder horizontales y verticales en la organización o la jerarquía familiar, y la perspectiva de Madanés (1981), según la cual los síntomas emergían a partir de desequilibrios de poder. Estas primeras conceptualizaciones del poder tendían a definirse como algo que existe dentro de las familias en lugar de comprenderlas y abordarlas sistemáticamente como dinámicas que existen en contextos sociales determinados.

La teoría social crítica afectó la práctica de la terapia familiar al favorecer la comprensión de que el poder, el privilegio y la opresión a nivel social están directamente relacionados con la influencia que los miembros de la familia tienen entre sí (McDowell, 2015). Dentro de los marcos conceptuales modernistas y estructurales, en general las y los teóricos críticos tienden a ver el poder como algo bidireccional. Los enfoques postmodernos para entender el poder (Foucault, 1972) sostienen la noción de que el poder y el conocimiento serían inseparables. En otras palabras, lo que se acepta ampliamente como conocimiento o “verdad” está determinado por dinámicas de poder a nivel social. Es decir, quienes tienen mayor poder tienen una mayor influencia en la construcción de sentidos colectivos. Los individuos no son dueños del poder ni lo poseen sino que lo ejercen. El poder es generativo, constructivo y también restrictivo. En lugar de verlo solamente como coerción, el poder se entiende como una fuerza organizadora presente en la sociedad.

Nuestra conceptualización del poder intenta vincular estas aproximaciones para aplicarlas de manera efectiva en la terapia familiar. Este concepto del poder ha sido descrito previamente (McDowell, 2015, pp 6–7) de la siguiente manera:

El poder es omnipresente y se distribuye en forma desigual; es sistemático e idiosincrático. Imaginemos el poder como algo que está presente en todas partes y moldea nuestras decisiones colectivas e individuales sobre la manera de interactuar entre nosotros en diversos contextos. En términos generales, sabemos qué esperar dentro de nuestros grupos culturales y contextos familiares. Mantenemos las prácticas sociales vigilándonos unos a otros y a nosotros/as mismos/as. Ahora imaginemos que el poder se acumula o se hace más denso en algunas partes, que algunos de nosotros tenemos más recursos y una mayor influencia para moldear las interacciones singulares y colectivas. A nivel colectivo, quienes tienen mayores recursos e influencia moldean las prácticas culturales y las ideologías en formas que benefician a su propio grupo y mantienen su mayor acceso a los recursos. Ahora imaginemos todo esto en movimiento, y que quienes están siendo amenazados reaccionan ante el poder potencial y el poder concreto concediendo, retrayéndose, maniobrando y/o rechazando (...) En otras palabras, imaginemos una compleja red de

influencias diseñada para mantener sistemáticamente el poder y el acceso a los recursos en manos de algunos más que otros, y al mismo tiempo está llena de dinámicas de poder idiosincráticas y altamente detalladas en contextos locales específicos. En terapia familiar lidiamos diariamente con este tipo de complejidad.

Para establecer una conexión entre las dinámicas de poder y los problemas que motivan la consulta de la familia hay que tomar en cuenta los efectos emocionales y relacionales de la opresión, incluyendo la posibilidad de que los síntomas sean formas de resistencia a dicha opresión. No reconocer esa resistencia no sólo puede mantener el statu quo, sino también contribuir a la opresión, en la medida que se patologiza a quienes están en posiciones de menos poder. Pensemos en Mary y Ester, quienes se identifican como mujeres cisgénero euroamericanas. Claramente Mary lleva la batuta de la relación. Ella está muy centrada en su carrera y en las tareas. Por lo general Ester se adapta a Mary, y se retrae cuando Mary se enoja con ella. En el pasado Mary ha usado la fuerza física con Ester. La pareja acude a terapia con la preocupación de que Ester pudiera estar deprimida. La terapeuta intenta que Ester le hable a Mary de cómo se siente y que plantee directamente sus necesidades, pero ella permanece retraída y Mary la cataloga como demasiado sensible. Seguir poniendo el foco en Ester y definiendo el problema como algo de ella no permitiría reconocer su retraimiento como resistencia al poder y control de Mary en la relación, patologizándola aún más. Tomar la respuesta de Ester como una forma de resistencia ofrece nuevas vías para promover una relación más igualitaria que apoye el bienestar de ambas integrantes de la pareja.

PENSAMIENTO DE TERCER ORDEN

El pensamiento de tercer orden nos impulsa a seguir reconociendo que nuestra posición y perspectiva social son un componente esencial de la terapia (Fergus & Reid, 2002), pero va más allá de esto. Tomar una perspectiva de tercer orden significa tener una metami- rada de los sistemas de sistemas para hacer un mapa de las relaciones entre la sociedad, nosotros/as mismos/as y las familias. Esto requiere que nos sensibilicemos a la experiencia sociocultural y que adoptemos perspectivas y marcos conceptuales para entender el contexto social y el poder. Por ejemplo, es posible que reconozcamos y/o experimentemos el sexismo en nuestra vida cotidiana y en las vidas de nuestros clientes y clientas. Sabemos que es injusto y podemos tratar de contribuir al empoderamiento de las mujeres. Podríamos animar a las clientas mujeres a defender su punto de vista ante los varones de su familia o de su entorno laboral. La comprensión implícita de la dinámica de poder lleva a una solución de sentido común, es decir, 'si no te escuchan, ¡habla más alto!'. Sin embargo, este es sólo un aspecto de dinámicas mucho más amplias y generalizadas a nivel social. El panorama que emerge es distinto cuando ubicamos el sexismo dentro de un contexto más amplio, y usamos la teoría feminista para explicar dinámicas sistémicas de privilegio masculino, inequidad social, política y económica, y el impacto de identidades que se intersectan (por ej., raza, clase, orientación sexual, apariencia física, capacidad/discapacidad, país de origen). En el ejemplo anterior, tanto Mary como Ester son mujeres que se ven profundamente afectadas no sólo por la homofobia y la heteronormatividad sino también por el sexismo, en una sociedad que privilegia a los hombres y la masculinidad. El éxito de Mary en su carrera se basa en parte en su capacidad de actuar de maneras tradicionalmente masculinas como ser competitiva, segura de sí misma y tener el control de las situaciones. Ester tiende a una expresión de género más tradicionalmente femenina, lo que incluye adaptarse y centrarse en las necesidades de los demás. La tendencia de Mary a pensar que Ester es demasiado sensible refleja un discurso sexista más amplio que culpabiliza a las mujeres por reaccionar frente a relaciones de género injustas.

La forma en que organizamos la gran cantidad de información que adquirimos en contextos más amplios —a qué le prestamos atención y cómo organizamos lo que percibimos— influye en nuestra manera de entender a las familias. Nuestras impresiones implícitas y/o nuestro uso explícito de la teoría social para darle sentido al contexto social y al poder determinan y definen en gran medida lo que buscamos, lo que vemos y cómo organizamos nuestras observaciones en marcos conceptuales significativos que guían nuestro trabajo. Esto limita lo que podemos visualizar y lo que creemos posible, lo que a su vez incide en nuestra capacidad de ayudar a nuestros clientes y clientas a realizar un cambio de tercer orden. Diariamente tenemos la responsabilidad de dar sentido a la multitud de interacciones de las familias, con el fin de actuar de manera focalizada y deliberada. Lo hacemos a través de nuestra visión del mundo y los modelos o enfoques que usamos para hacer terapia familiar. El pensamiento de tercer orden requiere que encontremos modos de ampliar estos modelos para incluir los contextos sociales y el poder y/o adoptar teorías de disciplinas que se centran en este nivel de pensamiento (por ej., sociología, filosofía, educación, economía, geografía, ciencia política).

Por ejemplo, habitualmente exploramos la emoción, sin embargo, rara vez relacionamos específicamente la emoción con las dinámicas relacionales de poder en el contexto sociocultural. Las y los sociólogos han observado que las emociones negativas con frecuencia se presentan cuando percibimos que no estamos recibiendo lo que merecemos (Turner, 2007). Pensemos en el rechazo rabioso que puede surgir cuando se desafían los privilegios o los sentimientos de un/a adolescente que muchas veces se siente desvalorizado/a. Por lo general, quienes tienen más poder e influencia tienen emociones más positivas, en especial cuando sienten que están recibiendo las recompensas y el respeto que se merecen. Quienes tienen menos privilegios e influencia tienden a experimentar más emociones negativas como vergüenza, culpa, dolor y rabia (Turner, 2007). Si, por ejemplo, integramos la sociología de la emoción a la terapia experiencial (McDowell et al., 2018) somos más capaces de vincular las dinámicas sociales con las experiencias familiares íntimas, y hacerlo de modos que favorecen la expresión emocional, la ponen en contexto y ayudan a que las y los miembros compartan sus deseos y necesidades.

Diversas disciplinas incorporan procesos que infieren o describen directamente el pensamiento de tercer orden, tales como el desarrollo organizacional (Bartunek & Moch, 1987), la geografía crítica (Soja, 2010), la teoría decolonial (Laenui, 2006) y la educación para la liberación (Freire, 1970). Aunque difieren en algunos aspectos, estas descripciones tienen hebras comunes que se correlacionan con la forma en que definimos el pensamiento de primer, segundo y tercer orden. Por ejemplo, Paulo Freire (1970) se dio cuenta de que quienes están oprimidos/as con frecuencia se sienten impotentes al comienzo y tienden a conformarse (esto es, pensamiento de primer orden) en lugar de cambiar profundamente sus vidas. A medida que toman más consciencia de las dinámicas de opresión en sus vidas, comienzan a ver la manera de desafiar las relaciones injustas (es decir, pensamiento de segundo orden). Finalmente se dan cuenta de que sus vidas transcurren entre sistemas sociales y dinámicas de poder institucionalizadas y descubren las formas en que estos sistemas sociales sostienen su opresión y los privilegios de otros/as (es decir, pensamiento de tercer orden). Idealmente, el objetivo del cambio de tercer orden es alterar los sistemas injustos propiamente tales.

Soja (2010), geógrafo crítico postmoderno, propuso el concepto de primer, segundo y tercer espacio. El primer espacio se refiere al espacio físico, incluyendo ubicación, objetos y ambiente físico. El segundo espacio incluye quién está en ese espacio y las actividades que allí se desarrollan. La descripción de Soja (2010) del primer y segundo espacio es esencial para entender a las familias, ya que nos ayuda a ubicarlas en su contexto ambiental. El primer espacio incluye nuestra comprensión del impacto que tienen sobre la salud mental y el bienestar relacional de las familias el lugar en que viven, el acceso que tienen a

alimentos, atención médica y educación, así como la privacidad, la seguridad, el espacio personal y las interacciones sociales (Fitzpatrick & MaGlory, 2000) que son posibles en su vida cotidiana. El segundo espacio se refiere a lo que habitualmente es nuestro foco en terapia familiar, es decir, quiénes están en estos espacios y cómo interactúan. El tercer espacio agrega otra dimensión a nuestra comprensión del espacio en un metanivel que es congruente con el pensamiento de tercer orden. Soja (2010) ha sostenido que es dentro del tercer espacio donde pueden planearse la resistencia y las acciones para lograr relaciones más justas y es posible imaginar el cambio social. En terapia familiar el pensamiento de tercer orden puede emerger cuando el proceso terapéutico involucra la creación de este tipo de espacio.

EL CAMBIO DE TERCER ORDEN: PROCESOS DE TRANSFORMACIÓN

El concepto de cambio de tercer orden no es nuevo en terapia familiar, aun cuando hasta ahora no ha sido ampliamente aplicado, y hasta hace poco no había sido claramente definido (McDowell, 2015; McDowell et al., 2018). Según McDowell et al. (2018, p. 23):

El cambio de tercer orden ocurre cuando hay un cambio en nuestra forma de entender y relacionarnos con los sistemas socioculturales, cuando entendemos que el sistema en que estamos es parte de un sistema de sistemas. Darnos cuenta de esto amplía nuestras opciones más allá de lo que sería posible con el cambio de segundo orden, y nos permite visualizar y participar en una transformación significativa.

En Pasos Hacia una Ecología de la Mente, Bateson describe tres niveles de aprendizaje que dan origen a los conceptos de cambio de primer, segundo y tercer orden. Consideramos que estos tres niveles de aprendizaje son precursores de nuestra comprensión del cambio de primer, segundo y tercer orden. Si bien Bateson usaba el término niveles (o tipos) de aprendizaje, él describía el aprendizaje como el cambio que ocurre cuando pensamos o entendemos las cosas de manera diferente (Bateson, 1972):

El Aprendizaje Tipo I es el cambio de una respuesta específica mediante una corrección de los errores de decisión dentro de un conjunto de alternativas. El Aprendizaje Tipo II es un cambio en el proceso de Aprendizaje Tipo I; por ejemplo, un cambio correctivo en el conjunto de alternativas entre las cuales se elige, o un cambio en la forma de puntuar la secuencia de la experiencia. El Aprendizaje Tipo III es un cambio en el proceso de Aprendizaje Tipo II; por ejemplo, un cambio correctivo en el sistema de conjuntos de alternativas entre las cuales se elige. (p. 298)

El cambio de primer orden (el Aprendizaje Tipo I de Bateson) se refiere a cambios o soluciones que están dentro de marcos relacionales preexistentes. Watzlawick, Weakland, y Fisch (1974) se referían a estos cambios como soluciones de sentido común que no modifican la forma en que se organizan las relaciones o se entienden los problemas. Este tipo de cambio no altera las reglas ni la estructura del sistema y mantiene esquemas que no sólo se comparten al interior de las familias, sino que también suelen reflejar los valores y las creencias dominantes en la cultura. El riesgo de las soluciones de sentido común es mantener el privilegio de quienes tienen mayor influencia en la forma de definir lo que es “verdad” (es decir, el sentido común) (McDowell et al., 2018). El sentido común a menudo refleja una relación entre el conocimiento y el poder en la cual los discursos culturales y las formas dominantes de ver el mundo se consideran naturales y verdaderas (Gramsci, 1971). En otras palabras, con frecuencia el sentido común es el sentido dominante.

El cambio de segundo orden (el Aprendizaje Tipo II de Bateson) tiene lugar cuando hay un cambio a nivel del proceso de las relaciones, por ejemplo, un cambio en patrones y esquemas repetitivos (Bartunek & Moch, 1987). Este tipo de cambio es lo que buscan la mayor parte de las y los terapeutas familiares: contribuir a crear diferencias que ayuden a las familias a cambiar la manera en que entienden los problemas y/o las soluciones, y la

forma en que organizan sus relaciones. El cambio de segundo orden tiende a ser discontinuo y altera la estructura, las reglas y/o el orden de un sistema (Watzlawick et al., 1974). El cambio en las interacciones se acompaña de un cambio en las reglas y los significados compartidos. Para impulsar un cambio de segundo orden, a menudo invitamos a las familias a adoptar una metaperspectiva sobre la forma en que se relacionan y lo que cada uno/a entiende de los demás.

El cambio de tercer orden (el Aprendizaje Tipo III de Bateson) requiere un paso adicional en la metaperspectiva, mediante el cual somos capaces de pensar en sistemas de sistemas, es decir, conjuntos de posibilidades que nos permiten elegir entre diversos esquemas (Bartunek & Moch, 1987) y patrones relacionales alternativos. Focalizarse en metaprocesos y metanarrativas (pensamiento de tercer orden) crea un cambio en nuestra forma de ver el mundo (Ecker & Hulley, 1996), nuestras relaciones y nuestras vidas en general (Laurel & Hulley, 1996). Las y los terapeutas que buscan el cambio de tercer orden lo hacen deliberadamente. Crean instancias para descomponer, analizar y desestabilizar lo que generalmente se da por sentado, para ayudar a las familias a pensar en múltiples posibilidades y perspectivas. Básicamente, invitan a las familias a analizar el impacto que tienen la cultura, los sistemas sociales y el poder sobre sus relaciones y los problemas que las traen a terapia. Planteamos que los cambios de primer, segundo y tercer orden son todos esenciales en la práctica de la terapia familiar.

TRANSFORMARSE EN UNA AGENTE DE CAMBIO DE TERCER ORDEN

Para promover el cambio de tercer orden tenemos que hacer varias cosas: (1) adoptar una metaperspectiva de nosotros/as mismos/as y de las familias con las que trabajamos, para darnos cuenta de que todos actuamos dentro de sistemas de sistemas; (2) integrar nuestra comprensión de los sistemas sociales y el poder a nuestros modelos de tratamiento, y (3) invitar a las y los clientes a ver sus propias vidas desde metaperspectivas que les ayuden a resolver problemas y ampliar las posibilidades de organizar sus relaciones.

Un Caso de Falta de Metaperspectiva

Como ya señalamos, trabajar desde una perspectiva de tercer orden va más allá de dar un paso hacia atrás en términos generales para ver a las familias y la terapia familiar dentro de un contexto social más amplio, ya que implica adoptar marcos conceptuales que nos ayuden a dar sentido y movernos en estos contextos complejos. El pensamiento de tercer orden requiere establecer una conexión entre las dinámicas de poder en los niveles relacionales íntimos y las dinámicas del contexto social más amplio. Pensemos en el concepto de isomorfismo, que las y los terapeutas familiares han usado por décadas para describir procesos paralelos en diversos niveles de los sistemas. Pensar el isomorfismo desde una perspectiva sociológica implica considerarlo normativo, mimético o coercitivo (DiMaggio & Powell, 1983). Esto ofrece un marco conceptual para entender mejor la relación entre contexto social y dinámicas familiares. Las familias con frecuencia imitan la estructura, las reglas y la organización de los sistemas sociales más amplios (por ej., el patriarcado). También adhieren a valores y normas que gobiernan las instituciones sociales (por ej., valorar la educación y el esfuerzo). Del mismo modo, existe una presión para que las familias cumplan con expectativas culturales y sociales (por ej., ciertos estilos de crianza). Este marco conceptual modifica la forma en que podríamos pensar acerca de las relaciones entre las familias y los sistemas sociales, incluyendo los procesos relacionados con el poder. A su vez, es probable que esto cambie nuestra forma de participar en la terapia.

Pensemos por ejemplo en Kay, una terapeuta familiar euroamericana que durante su formación está trabajando con Melissa, una estudiante afroamericana de una universidad predominantemente blanca. Melissa describe cómo es para ella ser la única estudiante de

color en varios cursos y habla de su experiencia con varios docentes que no resuelven las microagresiones que recibe durante las clases. Kay se identifica como feminista y antirracista. Ambas tienen conversaciones centradas en el impacto del racismo. En este caso, Kay está usando una comprensión común y no cuestionada que entiende el racismo como un problema social que se origina en actitudes individuales. Si Kay fuera experta en teorías sociales que conectan la construcción histórica de la raza con las tensiones entre capitalismo y democracia, sería capaz de ayudar a Melissa a situar su experiencia en un contexto mucho más amplio. Kay se daría cuenta de que la democracia supone la misma influencia y oportunidad para todos los ciudadanos y ciudadanas, mientras que el capitalismo requiere que algunos trabajen para beneficio de otros/as. El capitalismo también requiere un exceso de trabajadores/as (es decir, desempleo) mientras que la democracia sugiere que todos pueden obtener una parte justa si participan. El racismo y el clasismo pueden entenderse como efectos colaterales de este conflicto inherente, en la medida que intentan justificar una desigualdad de oportunidades con base en la pertenencia a un determinado grupo y/o poseer ciertos atributos personales.

Relacionar los sistemas sociales con las realidades del contexto (es decir, consecuencias económicas del privilegio de las y los blancos, y cursos en que predominan estudiantes blancos en vecindarios blancos) ofrece un modo de evidenciar los patrones interaccionales tanto en el tiempo como en el espacio. En otras palabras, la cultura, los sistemas sociales y el poder impactan los espacios que ocupamos, cómo somos tratados/as y los recursos que tenemos disponibles en dichos espacios. Cuando Kay es capaz de ver las experiencias personales de Melissa desde una metaperspectiva de racismo sistémico y privilegio de las y los blancos, es más factible que reconozca el complejo territorio en que Melissa se desenvuelve. Para reconocer las consecuencias materiales del racismo, en lugar de limitar su atención a las experiencias y emociones de Melissa, Kay también tendría que adoptar una metaperspectiva con respecto al contexto educativo dentro del contexto social más amplio. Por ejemplo, es posible que Melissa sea sutilmente marginada por sus pares, lo que a su vez podría limitar sus actividades grupales de aprendizaje y afectar sus calificaciones. En clases es posible que las y los docentes no aprecien de igual manera sus pensamientos y afirmaciones, lo que se traduce en evaluaciones de admisión universitaria menos brillantes. Estas dinámicas pueden exacerbar un campo de juego poco equitativo que privilegia a las y los graduados blancos. Es importante destacar que la ausencia de observación deliberada y análisis del contexto no reducen el impacto de estas dinámicas.

El Caso de una Guía que Carece de Mapa

Incluso cuando nos hacemos más conscientes de lo social y más capaces de articular teorías que describen y explican los sistemas sociales y las dinámicas de poder, todavía nos queda la tarea de establecer relaciones entre estas fuerzas sociales y los problemas individuales y relacionales. Hacerlo en forma reflexiva y congruente con nuestro enfoque teórico nos provee de mapas para integrar el contexto social a las metas y procesos de la terapia. Pensemos en Louise, graduada recientemente como terapeuta familiar, que dice trabajar desde un enfoque de terapia familiar estructural. Se reúne con el matrimonio compuesto por Lina (38 años) y John (39 años), junto a Rebeca (16 años), su hija adolescente. Lina y John están preocupados por la “rebeldía” de Rebeca, y describen que “siempre está desafiando a su padre”. En sesión Louise se da cuenta de que John tiende a interrumpir a Lina y a Rebeca, y muchas veces Lina le cede la palabra. Rebeca ocasionalmente desafía a su padre diciendo cosas como “No todo puede ser a tu manera” o “¡No! No lo hare”. Cuando Rebeca dice esto, Lina se queda en silencio mientras John grita una respuesta. Desde una perspectiva estructural, Louise busca ayudar a John y a Lina a trabajar en la crianza como equipo. Quiere que Lina esté firme junto a John y le envíen un

mensaje unificado y claro a Rebeca. Les pide que hablen entre ellos sobre reglas y consecuencias para Rebeca, para poder mantenerse juntos y firmes. Si Louise no tiene cómo ampliar su mapa estructural para integrar los sistemas sociales, no tendrá claro cómo influyen estos sistemas en los patrones relacionales, ni cómo usar una comprensión de los sistemas más amplios en su intervención. Esto incluye el patrón social generalizado de privilegio y dominio masculino y de sumisión y adaptación femenina.

Si Louise logra relacionar la estructura familiar con la estructura social más amplia, puede considerar nuevas posibilidades. En lugar de interpretar que Rebeca sólo está tratando de hacerse más autónoma y/o mostrando una conducta problemática porque sus padres no funcionan como equipo, Louise puede preguntarse si Rebeca y Lina están desafiando juntas el patriarcado. Rebeca está en una posición en que puede hacerlo más directamente, en parte porque, a diferencia de su madre, pronto vivirá por su cuenta. La terapeuta podría ampliar su mapa estructural para incluir las estructuras patriarcales, y tomar consciencia de cómo se reflejan en las relaciones familiares estas dinámicas sociales de poder, donde alguien domina y otro/a es dominado/a. Ambas cosas le permitirían ayudar a la pareja a trabajar como equipo en el desarrollo de una relación más equitativa, y apoyar los intentos de su hija de lidiar con las dinámicas de poder entre los géneros a medida que se va haciendo adulta.

Uno de los objetivos estructurales puede ser el establecimiento de una frontera más clara alrededor de la familia, con el fin de alterar el isomorfismo normativo, mimético y coercitivo (DiMaggio & Powell, 1983). Por ejemplo, Louise puede pedirles a Rebeca, Lina y John que reflexionen sobre las diferencias que existen a nivel social entre ser hombre y ser mujer (por ej., en la política, los negocios, la religión y la vida familiar) y cómo estas dinámicas pueden reflejarse o no en la forma en que se estructura su familia (isomorfismo mimético). También puede pedirles a Lina y a John que expresen sus valores y lo que quieren para su hija (por ej., igualdad de oportunidades como mujer) y luego que piensen qué pueden hacer para apoyar esta meta dentro y fuera de la familia (isomorfismo normativo). Louise podría preguntarles a Lina y John qué barreras sociales dificultan la construcción de una relación más equitativa entre ellos (por ej., las bromas de los amigos hombres, las expectativas de las religiones, los hábitos y rutinas) y podría preguntarle a Rebeca sobre la presión que encuentra en la escuela y los grupos de pares para que tenga conductas específicas asociadas al género (isomorfismo coercitivo).

Un Caso en que la Terapeuta Podría Desaparecer

Las y los terapeutas deben ser capaces de conceptualizar y articular una comprensión del contexto social y las dinámicas de poder, y prepararse así para ayudar a sus clientes/as a darle sentido al impacto de estos sistemas en sus vidas (D'Arrigo-Patrick et al., 2017). Trabajar desde una perspectiva de tercer orden requiere que elaboremos marcos conceptuales para dar sentido a los sistemas y al mismo tiempo escuchar cuidadosamente las experiencias particulares de cada individuo dentro de dichos sistemas. A medida que preguntamos sobre experiencias, emociones y dinámicas relacionales vamos comprendiendo la relación entre las familias específicas y los contextos sociales más amplios. Estas conversaciones ayudan a desarrollar una mayor consciencia sobre las formas en que se vinculan las interacciones familiares y los sistemas sociales.

Nos hemos dado cuenta de que a veces las y los terapeutas familiares novatos que tienen mayor consciencia social parecen abandonar sus modelos terapéuticos para enseñarles a las y los clientes sobre los sistemas sociales. Buscan informarles más que favorecer una mayor consciencia social e integrarla a los objetivos y procesos terapéuticos. En el ejemplo recién mencionado, Louise puede verse tentada a explicar el impacto de las estructuras sociales, incluyendo el patriarcado, sobre las estructuras familiares, con la expectativa de

que si Lina, John y Rebeca reciben esta información, podrían cambiar sus dinámicas relacionales. En lugar de detectar experiencias específicas y detalladas, Louise podría saltar rápidamente a un análisis de cómo se debe estar sintiendo cada miembro de la familia dado su contexto social. Esto convierte a Louise en experta en lugar de aliada y colaboradora, con lo cual deja de lado el proceso terapéutico.

Si Louise fuera capaz de mantener una actitud terapéutica y de adoptar al mismo tiempo una metaperspectiva de los sistemas de sistemas, podría preguntarle a Rebeca sobre su experiencia de rabia hacia su padre y escuchar cuidadosamente su descripción. En vez de permitir que Lina la interrumpa para decir que John tiene buenas intenciones, podría continuar con preguntas sobre el género y el poder en la sociedad en general y en la casa. Louise podría hacer preguntas similares a John y a Lina acerca de sus experiencias y de lo que quieren para su hija y para sí mismos. Si continuara explorando temas como los costos relacionales del 'poder sobre' y cómo este modelo de masculinidad está imbricado en toda la sociedad, podría invitar a Lina, John y Rebeca a una reflexión de tercer orden acerca de sus propias vidas.

ANVIET: ORIENTACIONES PARA UNA PRACTICA DE TERCER ORDEN

En nuestros últimos trabajos (Knudson-Martin, McDowell, & Bermúdez, 2017; McDowell et al., 2018) hemos sugerido un conjunto de orientaciones o guías transteóricas que reflejan y promueven una práctica equitativa desde una perspectiva de tercer orden. Usamos el acrónimo ANVIET (en español sensibilizarse, nombrar, valorar, interrumpir, visualizar, transformar²) para describir los pasos que ayudan a terapeutas y clientes a reflexionar y avanzar hacia relaciones más justas. Estas orientaciones contribuyen a evidenciar los procesos sociales para favorecer un análisis más directo e intencional de los mismos. El proceso incluye percibir deliberadamente o *ser sensible* al impacto emocional, experiencial y relacional de los sistemas sociales sobre los individuos y las relaciones. Percibir estas experiencias y dar *nombre* a lo que es injusto permite reconocer estas dinámicas, lo que con frecuencia devela algo que estaba encubierto. *Valorar* implica escuchar atentamente y ayudar a las y los clientes a poner en palabras (Fricker, 2007) lo que previamente ha sido silenciado, ignorado o marginado. Estas orientaciones presuponen que no es suficiente entender y darse cuenta de lo que es injusto en las relaciones, y animan a las y los terapeutas a *interrumpir* activamente las dinámicas de poder injustas cuando se presentan. A medida que las y los clientes y terapeutas se hacen más conscientes del impacto de las fuerzas sociales sobre relaciones específicas, están en mejores condiciones de *visualizar* soluciones (Bermúdez, Keeling, & Carlson, 2009) y formas alternativas de organizar sus relaciones, ya que disponen de más opciones. Finalmente, las y los terapeutas trabajan con sus clientes para apoyarles en el proceso de transformar sus relaciones actuales en aquellas que han visualizado. Estas guías reflejan y orientan de diversas maneras hacia un pensamiento de tercer orden, con el fin de incrementar las posibilidades de producir un cambio de tercer orden.

El Caso de una Terapeuta Familiar con Sensibilidad Sociocultural

El pensamiento de tercer orden es aplicable de manera transversal a los modelos terapéuticos y motivos de consulta (McDowell et al., 2018). Usaremos el caso de Julia y Joan como ejemplo. La información que permitiría identificarlas y algunos detalles clínicos han sido modificados para proteger la confidencialidad. Julia (37 años) y Joan (30 años) son una pareja lesbiana, cisgénero, interracial y han estado casadas durante ocho años.

²ANVIET es el acrónimo para *attune, name, value, interrupt, envision, transform*. (NdT)

Son madres de Nathan (5 años), que también es de origen interracial. Joan busca terapia a raíz de varios ataques de pánico que se han vuelto cada vez más problemáticos desde que se cambió de trabajo cinco meses antes. Fue derivada a Glenda (LMFT)³ por el Programa de Asistencia para Funcionarios de su lugar de trabajo. Glenda (46 años) –quien se identifica a sí misma como una mujer blanca, heterosexual y cisgénero– sugiere incluir a Julia en las sesiones. Ella usa varios modelos de terapia familiar al tiempo que integra las guías ANVIET, con un foco especial en la estructura familiar, las narrativas y el apego relacional.

Sensibilizarse

Glenda expande su lente sistémico desde el inicio mismo. Busca sensibilizarse a la forma en que los sistemas socioculturales más amplios se relacionan con la experiencia de cada integrante de la pareja, lo que piensan, sienten y hacen. Cuando Glenda pregunta qué las trajo a terapia, Joan explica que ambas tienen un trastorno de salud mental (una larga lista de diagnósticos a lo largo de los años), y que ambas vivieron “abusos en su infancia”. Joan señala que la terapia que ha realizado previamente le ha ayudado a aprender a manejar los ataques de pánico y que hace poco fue al médico para ajustar sus medicamentos, lo que también le ha servido. A medida que Glenda explora esta historia, comienza a tener una idea de lo importantes que son sus diagnósticos en sus identidades y en su relación:

Joan Somos muy pacientes una con la otra. Sabemos cuáles son nuestros diagnósticos.

Julia Entiendo por qué está alterada, sabes. Es parte de su trastorno.

Desde su perspectiva de pensamiento de tercer orden, Glenda es sensible a sus identidades “con trastornos de base”, tanto a nivel individual como relacional y social. Se da cuenta de que el sistema de atención en salud mental es uno de los sistemas de sistemas que inciden en sus vidas.

Glenda empieza a percibir que Julia y Joan se ven a sí mismas como mujeres dañadas en relación con el sistema social ampliado. Quiere saber más desde la perspectiva del apego, pero no sólo sobre los modelos operativos relacionales que han internalizado, sino también sobre las diversas formas en que sus percepciones de pertenencia y conexión se relacionan con sus posiciones y su poder a nivel social, y de qué manera estas apoyan o interfieren con sus vínculos de apego (McDowell et al., 2018). Desde una perspectiva estructural, Glenda genera un vínculo con el sistema pareja desarrollando una comprensión profunda del capital económico, social, simbólico y cultural presente en sus mapas familiares. Es sensible a la forma en que los sistemas sociales de dominación y privilegio pueden haber enmarcado sus experiencias y cómo se reflejan dichos sistemas en sus patrones de comunicación (McDowell et al., 2018). También le interesa saber si las palabras que Joan y Julia usan para describirse a sí mismas se alinean con los sistemas sociales dominantes o los contradicen.

Glenda percibe que Julia está mucho más atenta a Joan que a la inversa, y que Joan parece esperar que Julia esté disponible cuando ella quiera:

Glenda Joan, me doy cuenta de que Julia está muy atenta cuando hablas de tu angustia. Parece que ella está muy atenta a ti. ¿Tú también estás atenta a ella?

³LMFT corresponde a Terapeuta Matrimonial y Familiar Licenciada. (NdT)

Joan Julia cuida a los demás.

Julia Sí, soy una cuidadora. Estamos trabajando en eso.

Julia y Joan han aprendido sistemas individualistas de pensamiento que minimizan el valor de cuidar a otros/as. Juzgan el cuidado de los demás como una patología, sin darse cuenta de que esta idea emerge y la vez sustenta sistemas de género y económicos institucionalizados que privilegian los valores occidentales de autonomía y éxito económico por sobre los valores relacionales.

Nombrar

El pensamiento de tercer orden le ayuda a Glenda a reconocer y nombrar circunstancias injustas o inequitativas y dar voz a lo que ha sido minimizado o silenciado (McDowell et al., 2018). Si no lo hiciera, Joan y Julia continuarían culpándose a sí mismas, sin relacionar sus problemas con los sistemas más amplios (McGoldrick, 2016; St. George & Wulff, 2016). Joan, cuya herencia euroamericana nunca se comenta, fue criada por abuelos de clase trabajadora que según su relato cubrían sus necesidades materiales pero no estaban emocionalmente presentes. Según Joan, su madre “la abandonó”. Glenda le pregunta acerca del rol del padre y sobre los contextos sociopolíticos en los cuales su madre tomó esa decisión.

Joan Creo que estaba muy sola. Lo único que siempre escuché sobre mi padre es que era “basura”. Ella era muy joven, tenía diecisiete. *(Pausa)* Probablemente no podría haberme cuidado sin ayuda.

Glenda ¿Qué crees que puede pasar para que una mujer joven como tu madre quede tan sola?

Joan nunca había reflexionado mucho sobre la condición de género y la situación económica de su madre, pero a medida que la conversación se desarrolla, tiene mucho que decir sobre la “injusticia” que enfrentan las mujeres en la comunidad en que creció y de qué manera lidia ella con eso en su propia vida:

Joan Su vida habría sido bien limitada aquí... especialmente si estaba clavada con una hija.

Glenda ¿Cómo crees que será la vida de las mujeres en esa situación?

Joan Estás sola. Tienes que aguantar empleos mal pagados, trabajar todo el tiempo. ¡Te tratan como si no fueras nadie! ¡Como si valieras una mierda!

Glenda Parece que has visto madres solteras que enfrentan mucha discriminación y problemas económicos.

Joan ¡Las mujeres en general lo tienen difícil! ¡Tienes que trabajar el doble!

Como respuesta a la injusticia presente en su vida, Joan optó por retraerse, rendir bien y esconderse para ajustarse a los estándares culturales. Llegó a valorar la independencia y el éxito económico, y rechazaba al mismo tiempo todos los rasgos asociados a las mujeres. Había ignorado casi totalmente su sexualidad y se había mantenido aislada socialmente hasta que conoció a Julia a los 19 años. Glenda le puso nombre a la injusticia de vivir en una comunidad que no valoraba el ser mujer y donde amar a otra mujer no era seguro.

Julia enfrentaba otro tipo de injusticias sociales. Había crecido con una madre soltera en una comunidad predominantemente blanca de bajos ingresos, y a nivel fenotípico se parecía a su padre, un hombre de color. Desde pequeña se daba cuenta de que su madre trabajaba muy duro y enfrentaba muchos problemas estresantes. Julia veía que en su

comunidad las personas se cuidaban unas a otras y aprendió a hacer lo necesario para sobrevivir y estar disponible para los demás. Había sido abusada sexualmente por un tío, pero no se lo contó a su madre porque no quería agregarle otro problema a su pesada carga. En la escuela tenía dificultades académicas y sociales. Cuando era víctima de acoso escolar sólo se lo contaba a una amiga que también era excluida. Su experiencia como persona de origen birracial que vive en comunidades blancas ha sido minimizada o ignorada durante toda su vida, como lo fue también su abuso sexual y su identidad bisexual. Glenda trae estas injusticias a la conversación terapéutica y ayuda a sus clientas a darles nombre.

Valorar

Quienes tienen un pensamiento de tercer orden “desarrollan un radar especial para descubrir y resaltar las fortalezas enmascaradas por los procesos dominantes de la cultura y el poder” (McDowell et al., 2018, p. 239). Tanto Joan como Julia consideran patológicos el cuidado de los demás y la vulnerabilidad. Si bien cada una se preocupa de la otra, ninguna de las dos se siente cómoda con la vulnerabilidad. Joan está ansiosa por cumplir con las demandas de su nuevo empleo. Por su experiencia cultural como mujer solitaria que se juzga a sí misma y espera ser juzgada de acuerdo a los valores de independencia, asertividad social y éxito económico propios de la cultura dominante, no tiene la costumbre de centrarse en sus temores ni compartirlos con otra persona. Espera que Julia cree un espacio seguro para ella sin tener que mostrarse vulnerable. Julia nunca ha estado en un contexto en que alguien se centrara en ella y tanto Joan como sus terapeutas anteriores le han dicho muchas veces que es demasiado entregada a sus amigas y amigos, sus familiares y sus compañeras y compañeros de trabajo. Glenda ayuda a la pareja a tomar consciencia del valor de los cuidados y la vulnerabilidad, y las apoya para que comiencen a elegir de manera más deliberada los sistemas que prefieren. Comienza validando los ideales relacionales:

Glenda La vida de ustedes debe ser mucho mejor con los cuidados que Julia ofrece. . . En nuestra sociedad a veces parece que eso no se valora demasiado.

Interrumpir

Cuando Glenda percibe los sistemas individualistas y patologizadores que operan en la relación de pareja, encuentra formas respetuosas de interrumpirlos. En el siguiente ejemplo, la terapeuta interrumpe esta idea que la sociedad da por sentado de que cuidar demasiado a los demás es un problema:

Julia Joan se enoja conmigo por ayudar a mi prima con todo eso. Sé que cuido excesivamente a los demás, pero no puedo evitarlo. Cuando alguien necesita mi ayuda y está a mi alcance hacer algo, lo hago.

Glenda ¿Cómo es eso de que cuidar a otras personas sería algo negativo?

Glenda ayuda a Joan a hacerse responsable de tener una mayor sensibilidad hacia Julia y con ello interrumpe el desequilibrio de cuidados entre las integrantes de la pareja:

Glenda Joan, tú hablas mucho de los cuidados de Julia. Ella está acostumbrada a no esperar lo mismo de vuelta.

Joan Yo sé, le pregunto en qué puedo ayudarla o qué puedo hacer por ella y siempre contesta “Estoy bien”.

Glenda ¿Qué crees que necesita Julia de ti? ¿Cómo puedes apoyarla?

Visualizar

Identificar los contextos y la equidad social no es suficiente para generar un cambio de tercer orden. Las y los terapeutas debemos crear un espacio en que sea posible visualizar alternativas. Por ejemplo, Joan está molesta porque su hijo Nathan está “portándose mal” en el kindergarten. Piensa que Julia, que es la madre biológica, lo está consintiendo. A través de lentes que abordan abiertamente los estigmas que enfrentan como madres lesbianas, y el rol de la raza en sus vidas, Glenda les ayuda a imaginar una respuesta conjunta:

Glenda ¿Cómo crees que es para Nathan ser de origen interracial y tener dos madres?

Joan ¡Por qué no puede comportarse! La gente siempre está esperando que nos equivoquemos. ¡Lo siento todos los días en el trabajo y ahora esto!

Glenda Sé que quieres mucho a Julia y a Nathan... Es difícil para quienes somos blancos entender cómo es vivir en un mundo que privilegia lo blanco... ¿Qué te ayudaría a sensibilizarte hacia ellos, a entender cómo les afecta el racismo y cómo influye en la forma en que ustedes crían a su hijo?

Transformar

El pensamiento de tercer orden ayuda a Julia y Joan a hacer realidad lo que ellas imaginan. Cuando las normas culturales dominantes minimizan sus metas relacionales, Glenda trae a la pareja de vuelta a dichas metas. Logran ver la relación entre los ataques de pánico de Joan, sus “problemas de comunicación” y los sistemas sociales más amplios que no siempre juegan a su favor, y trabajan juntas para que sus respuestas reflejen mejor sus intenciones. Para Julia y Joan esto implica integrarse a comunidades más grandes de apoyo y resiliencia que valoran su relación, y encontrar formas de abordar abiertamente los efectos de discursos dominantes como la homofobia y los privilegios de los blancos, como también qué significa ser una familia interracial.

CONCLUSION

Los nuevos conceptos teóricos y modelos de trabajo tienden a emerger cuando surgen desafíos a los modos de pensar existentes. La teoría de sistemas y el constructivismo social fueron grandes cambios de paradigma en los cuales florecieron nuevas ideas. Han existido muchos otros cambios, incluyendo el pensamiento sistémico de segundo orden (Anderson & Goolishian, 1992; Hoffman, 1981, 1985; Keeney, 1983), la crítica feminista (Hair et al., 1996; Hare-Mustin, 1978), y un foco en la diversidad y la justicia social (McGoldrick & Hardy, 2008), por nombrar algunos. Sugerimos que el pensamiento de tercer orden es un nuevo cambio en nuestra forma de conceptualizar los problemas y favorecer procesos de cambio en las familias. El constructo pensamiento de tercer orden nos ofrece una forma de conceptualizar y poner en palabras nuestra consciencia creciente del impacto del contexto social y el poder. Ofrece un marco conceptual para adoptar una metaperspectiva al nivel más amplio posible para poder invitar a las familias a un cambio transformativo de tercer orden.

Cuando miramos hacia el futuro, nos preguntamos qué impacto podría tener el pensamiento de tercer orden en la disciplina propiamente tal: nuestros objetivos de formación, las prácticas de supervisión, las organizacionales profesionales y los lugares de trabajo. Nos quedamos con varias preguntas. Por ejemplo, ¿qué tendría que cambiar para darle mayor relevancia al pensamiento de tercer orden en la formación en terapia familiar?

¿Cómo podemos preparar mejor a las y los supervisores para que sepan guiar conversaciones acerca de los efectos de los sistemas sociales y el poder sobre las familias? ¿Cómo nos aseguramos de que el pensamiento de tercer orden se integre tanto como el de segundo orden en los procesos de supervisión? Finalmente, ¿qué pensamos de nuestras diversas organizaciones profesionales a la luz del pensamiento de tercer orden? ¿Somos sensibles o no a la situación de las y los integrantes de nuestras organizaciones en el plano sociocultural? ¿Cómo se expresa esto en el conocimiento y los temas que privilegiamos en las conferencias y las publicaciones? Esperamos que las ideas que presentamos en este artículo inspiren conversaciones y respuestas posibles a este tipo de preguntas y abran un espacio para que todas y todos visualicemos prácticas más equitativas⁴

REFERENCIAS

- Almeida, R. V., Dolan-Del Vecchio, K., & Parker, L. (2008). *Transformative family therapy: Just families in a just society*. Boston, MA: Pearson Education Inc.
- Anderson, H., & Goolishian, H. (1992). The client is the expert: A not-knowing approach to therapy. In S. McNamee & K. J. Gergen (Eds.), *Therapy as a social construction* (pp. 25–39). London, UK: Sage.
- Bartunek, J., & Moch, M. (1987). First-order, second-order, and third order change and organizational development interventions: A cognitive approach. *The Journal of Applied Behavioral Science*, 23(4), 483–500. <https://doi.org/10.1177/002188638702300404>
- Bateson, G. (1972). *Steps to an ecology of mind: Collected essays in anthropology, psychiatry, evolution, and epistemology*. London, UK: Jason Aronson Inc.
- Bermúdez, J. M., Keeling, M., & Carlson, T. S. (2009). Using art to co-create preferred problem-solving narratives with Latino couples. In M. Rastogi & V. Thomas (Eds.), *Multicultural couple therapy* (pp. 319–343). Thousand Oaks, CA: Sage Publications. <https://doi.org/10.4135/978145275000>
- D'Arrigo-Patrick, J., Hoff, C., Knudson-Martin, C., & Tuttle, A. R. (2017). Navigating critical theory and postmodernism: Social justice and therapist power in family therapy. *Family Process*, 56, 574–588. <https://doi.org/10.1111/famp.12236>
- Dickerson, V. (2014). The advance of poststructuralism and its influence on family therapy. *Family Process*, 53, 401–414. <https://doi.org/10.1111/famp.12087>
- DiMaggio, P., & Powell, W. (1983). The iron cage revisited: Institutional isomorphism and collective rationality in organizational fields. *American Sociological Review*, 48(2), 147–160. <https://doi.org/10.2307/2095101>
- Ecker, B., & Hulley, L. (1996). *Depth-oriented brief therapy*. San Francisco, CA: Jossey-Bass.
- Falicov, C. J. (1995). Training to think culturally: A multidimensional comparative framework. *Family Process*, 34, 373–388. <https://doi.org/10.1111./j1545-5300.1995.00373.x>
- Falicov, C. J. (2014). Psychotherapy and supervision as cultural encounters: The multidimensional ecological comparative approach framework. In C. A. Falender, E. P. Shafranske, & C. J. Falicov (Eds.), *Multiculturalism and diversity in clinical supervision* (pp. 29–58). Washington, DC: American Psychological Association. <https://doi.org/10.1037/14370-000>
- Fergus, K., & Reid, D. (2002). Integrating constructivist and systemic metatheory in family therapy. *Journal of Constructivist Psychology*, 15(1), 41–63. <https://doi.org/10.1080/107205302753305719>
- Fitzpatrick, K., & MaGlory, M. (2000). *Unhealthy places: The ecology of risk in the urban landscape*. New York: Routledge.
- Foucault, M. (1972). *The archaeology of knowledge*. London, UK: Routledge.
- Freire, P. (1970). *Pedagogy of the oppressed*. New York: Continuum.
- Fricke, M. (2007). *Epistemic injustice: Power and the ethics of knowing*. New York: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780198237907.001.0001>
- García, M., & McDowell, T. (2010). Mapping social capital: A critical contextual approach for working with low status families. *Journal of Marital Family Therapy*, 36(1), 96–107. <https://doi.org/10.1111/j.1752-0606.2009.00186.x>
- Gramsci, A. (1971). *Selections from the prison notebooks of Antonio Gramsci*. New York: International Publishers.
- Hair, H., Fine, M., & Ryan, B. (1996). Expanding the context of family therapy. *The American Journal of Family Therapy*, 24(4), 291–304. <https://doi.org/10.1080/01926189608251042>

⁴Traducción: Psic. Soledad Sánchez D., Instituto Chileno de Terapia Familiar, Santiago de Chile. Formato final: Family Process.

- Hare-Mustin, R. T. (1978). A feminist approach to family therapy. *Family Process, 17*(2), 181–194. <https://doi.org/10.1111/j.1545-5300.1978.00181.x>
- Hoff, C., & Distelberg, B. (2017). Developmental pedagogy in marriage and family therapy education: Preparing students to work across epistemologies. *Journal of Family Theory & Review, 9*, 382–390. <https://doi.org/10.1111/jftr.12203>
- Hoffman, L. (1981). *Foundations of family therapy*. New York: Basic Books.
- Hoffman, L. (1985). Beyond power and control: Toward a “second order” family systems Therapy. *Family Systems Medicine, 3*, 381–396. <https://doi.org/10.1037/h0089674>
- Jackson, W. J., & Jackson, D. D. (1968). *The mirages of marriage*. New York: WW Norton.
- Keeney, B. P. (1983). *Aesthetics of change*. New York: Guilford Press.
- Knudson-Martin, C. (2013). Why power matters: Creating a foundation of mutual support in couple relationships. *Family Process, 52*(1), 5–18. <https://doi.org/10.1111/famp.12011>
- Knudson-Martin, C., & Huenergardt, D. (2010). A socio-emotional approach to couple therapy: Linking social context and couple interaction. *Family Process, 49*(3), 369–384. <https://doi.org/10.1111/j.1545-5300.2010.01328.x>
- Knudson-Martin, C., McDowell, T., & Bermúdez, M. (2017). From knowing to doing: Guidelines for socioculturally attuned family therapy. *Journal of Marital and Family Therapy, ???, ???–???*. Advance on-line publication.
- Laenui, P. (2006). *Processes of decolonization*. Retrieved from <http://www.sjsu.edu/people/marcos.pizarro/maestros/Laenui.pdf>
- Laurel, B., & Hulley, E. (1996). *Depth oriented brief therapy*. San Francisco, CA: Jossey Bass.
- Madanes, C. (1981). *Strategic family therapy*. San Francisco, CA: Jossey Bass.
- McDowell, T. (2015). *Applying critical social theories to family therapy practice*. New York: AFTA Springer Briefs in Family Therapy. <https://doi.org/10.1007/978-3-319-15633-0>
- McDowell, T., Knudson-Martin, C., & Bermúdez, J. M. (2018). *Socioculturally attuned family therapy: Guidelines for equitable theory and practice*. New York: Routledge/Taylor & Francis. <https://doi.org/10.1007/978-3-319-15877-8>
- McGoldrick, M. (2016). *The genogram casebook*. New York: Norton.
- McGoldrick, M., & Hardy, K. (2008). *Re-visioning family therapy: Race, culture, and gender in clinical practice* (2nd ed.). New York: Guilford.
- Minuchin, S. (1974). *Families and family therapy*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Soja, E. (2010). *Seeking spatial justice*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press. <https://doi.org/10.5749/minnesota/9780816666676.001.0001>
- St. George, S., & Wulff, D. (2016). Family therapy = social justice = daily practices = Transforming therapy. In S. St. George & D. Wulff (Eds.), *Family therapy as socially transformative practice: Practical strategies* (pp. 1–7). New York: Springer. <https://doi.org/10.1007/978-3-319-29188-8>
- Turner, J. H. (2007). Justice and emotions. *Social Justice Research, 20*, 288–311. <https://doi.org/10.1007/s11211-007-0043-y>
- Waldegrave, C., & Tamasese, K. (1994). Some central ideas in the “Just Therapy” approach. *The Family Journal, 2*(2), 94–103. <https://doi.org/10.1177/1066480794022002>
- Watzlawick, P., Weakland, J., & Fisch, R. (1974). *Principles of problem formation and problem resolution*. New York: WW Norton.
- White, M., & Epstein, D. (1990). *Narrative means to therapeutic ends*. New York: Norton.